

ma épico sobre la Florida. Un texto que sirve de estímulo a nuevas investigaciones sobre la presencia hispana en los Estados Unidos.

RAÚL MARRERO-FENTE  
ANLE y *University of Minnesota*

Coccino, Marcelo. *Los trenes del tiempo*. Buenos Aires: Dunken, 2016. 152 pp. ISBN 978-987-02-9029-2. Impreso.

Los doce cuentos que integran *Los trenes del tiempo* narran historias autónomas que funcionan como fragmentos de un fresco sobre la vida de un pequeño pueblo rural cuyo nombre genérico –La Estación– evoca los cientos de localidades del interior argentino sembradas a lo largo de las redes ferroviarias y atadas al destino del ferrocarril: florecientes cuando los trenes eran el otro nombre del progreso; sumidas luego en una lenta agonía cuando las políticas y los intereses económicos decretaron su final. “Ramal que para, ramal que cierra”, dijo el presidente Menem en 1989, pero la frase significaba una realidad aún más dura: ramal que cierra, pueblo que muere. Muchos historiadores –comenzando por Raúl Scalabrini Ortiz y su famosa *Historia de los ferrocarriles argentinos* (1940)– han deplorado el sentido unitario de las redes ferroviarias en la Argentina, una extensa telaraña cuyo vértice y centro vital convergía en los puertos de ultramar, especialmente en el puerto de Buenos Aires. Esta traza, planificada y construida a su conveniencia por empresas europeas, principalmente inglesas, servía a un modelo económico primario, agro-exportador. Esta verdad histórica es irrefutable, pero también lo es la lamentable desidia de los gobiernos que dilapidaron esta empresa –triumfalmente nacionalizada como factor de soberanía, apuntada más tarde como deficitaria, para terminar vendida casi como chatarra– por falta de inversión, manejo irresponsable y práctica intensiva del cohecho. Más allá de las razones, casi siempre ideológicas, que aconsejan cíclicamente su abandono o respaldan los discursos de los políticos de turno que prometen vanamente su renacimiento, lo cierto es que la decadencia del ferrocarril ha ocasionado la transformación de vastas regiones del interior argentino en desiertos salpicados de pueblos fantasma.

Este es el contexto, o trasfondo referencial, de esta serie de cuentos unidos por un espacio único: el pueblo llamado “La Estación”, porque a ella debe su origen y su vida, y un tiempo que languidece en agonía, a medida que los trenes van espaciándose. Pueblo condenado a convertirse en un espectro de sí mismo, como tantos otros de la América profunda, en otros tiempos florecientes y productivos, con economías sostenidas por el funcionamiento de los trenes –los cargueros, que llevaban a los centros urbanos y a los puertos los productos del campo y traían el agua, las manufacturas y los adelantos tecnológicos; los de pasajeros, que facilitaban el fluido desplazamiento de los obreros y peones a sus lugares de trabajo, y fomentaban la cohesión familiar acercando a los que vivían en pueblos vecinos. Un universo cuya armónica autonomía podría parecer utópica si no fuera por ese agente central, una suerte de donante general de toda peripecia, que es el ferrocarril. En el primer cuento, “El jardín de los colibríes”, Mingo dice: “Ni los padres de ustedes habían nacido, estaba surgiendo todo en torno al ferrocarril” (19).

Podría decirse que estos cuentos componen una suerte de sociología de lo mínimo, donde cada personaje se define por el espacio que crea y habita. Pero en cada cuento emergen fragmentos del metarelato que otorga al conjunto su encuadre general, algo así como el encofrado temporal e histórico de las pequeñas historias narradas: la historia del ferrocarril. En “La muerte del origen”, Irigoitia decide viajar en tren a La Estación, su pueblo natal, convocado por una misteriosa llamada telefónica. Son ciento cincuenta kilómetros que “un tren desvencijado y sucio” recorre en cuatro horas, después de una partida demorada durante una hora, por “problemas en las vías”. Su llegada nos revela el motivo de la llamada: un rayo ha fulminado el ombú plantado por el padre de Irigoitia en los primeros días de La Estación, “el ombú que había medrado con los primeros hombres del lugar” (27). Esa muerte simbólica, que provoca también la del personaje, coincide con el comatoso estado de los trenes, las vías y la estación, otrora orgullo del pueblo. La muerte del origen es, pues, la desaparición del vector histórico de progreso del interior argentino, aquí simbolizado por un árbol emblemático de la llanura pampeana, inmortalizado por la poesía gauchesca y en una iconografía que homenajea su presencia hospitalaria, refugio de pájaros y hombres en las vastas soledades.

Varios de los relatos de la serie prodigan imágenes de la decadencia: en “El día de la tormenta”, el abuelo lleva al narrador a ver una casa en los confines del pueblo. “Todo hacía sentir –las dimensiones, el diseño, los materiales- que en alguna época había tenido sus días de esplendor. Ahora le faltaban partes por donde uno mirara, como si la hubiera mordido una y otra vez un dinosaurio insaciable o, mejor aún, como si hubiera ocurrido allí un bombardeo.” (31) “Los dueños se fueron del pueblo”, dice el abuelo. En el recorrido, “no fueron pocos los lugares en ruinas. Me impresionaron las gradas hechas añicos de la antigua cancha de fútbol, los grandes lunares amarillos que dibujaba el sol en la chapa acribillada de los galpones del ferrocarril y el campanario decapitado de la vieja iglesia” (32)

Si bien este metarelato engarza las anécdotas en un tiempo de decadencia o agonía del pueblo –antes de sufrir en el último cuento un sorpresivo golpe de timón– la inflexión de la voz que narra produce en el lector la impresión general de una visión candorosa, que recrea en la dicción de un adulto memorioso la mirada limpia –y no por ello menos perspicaz– de un niño. Contribuye a ello la sencillez del relato, sin ostentaciones técnicas, aunque el narrador sabe administrar sabiamente su estrategia, como si contara sus historias en voz baja y de noche mientras afuera hay temporal. Fortunato, el narrador narrado de “El destino precoz”, podría ser quien nos cuenta estas historias en su casa de barro, como construida por los horneros. Es que Fortunato, que fue hombre-bala en un circo y ahora despliega ante su público infantil las artes de su magia verbal o prestidigitadora, tiene la virtud de la desrealización: presenta ante los asombrados ojos de los niños hojas, tubérculos y nueces descriptas como maravillas desconocidas. En “Un caballo entre bicicletas”, este singular personaje reúne a su público infantil para relatarle las historias de la ciudad subterránea del diablo, cuya entrada está debajo del basural del pueblo porque, según afirma, “desde tiempos remotos, la ciudad del diablo viene alimentándose de nuestra basura” (93). Perfectos microrrelatos, los de Fortunato participan del sabor tradicional de aquellos cuentos de fogón magistralmente narrados por Don Segundo Sombra a los peones (como estos, relatos enmarcados), pero no así de su funcionalidad didáctica. Por lo contrario, como muchos de los mejores ejemplos de la microficción actual, “El edificio” podría ser la versión verbal de una viñeta de humor gráfico, mientras “Los dones del diablo” es una reescritura de “Sueño soñado en Edinbur-

go”, de Borges, cuyo juego con los temas del tiempo y el destino atañen tanto al personaje de Fortunato –según se comprende al leer el otro cuento que lo tiene como protagonista– cuanto al eje temático común a toda la serie.

En efecto, todos los cuentos inducen a una reflexión acerca de las distintas dimensiones temporales: el tiempo sucesivo de los calendarios y los relojes, el instante fugaz e inaprehensible que suele definir para siempre un destino, y otro tiempo, que recordando a Tomás de Aquino podríamos llamar *aevum*: la duración de aquello que no está sujeto al cambio y sin embargo cambia, tal como acontece con los ángeles y con los seres de ficción, que una vez creados, tienen una existencia sin más límite que la memoria cultural, ni más transformación que aquella producida por las diversas lecturas epocales.

En “Los trenes del tiempo”, el relato que da título al volumen, el agónico tiempo del calendario, hostil al pueblo y a sus habitantes, es dramáticamente sustituido por la oportuna decisión de vivir en esa otra dimensión, *aeviterna*. Si el ritmo de la vida del pueblo dependía de la frecuencia, ya francamente disminuida, de los trenes, la solución, revelada al protagonista en un sueño, es alterar el criterio para la medición del tiempo: “el paso de un tren, independientemente de la hora a que llegue, coincidirá en los almanaques con el cambio de día”. Si el ritmo de la vida del pueblo dependía de la frecuencia, ya francamente disminuida, de los trenes, la solución, revelada al protagonista en un sueño, es alterar el criterio para la medición del tiempo: “el paso de un tren, independientemente de la hora a que llegue, coincidirá en los almanaques con el cambio de día”. Así como la historia juega con la paradoja (detener para progresar) y su expresión sintética en el oxímoron (“próspero retraso”), el relato explota la ironía en varias de sus dimensiones: desde el juego a desmentir “la historia oficial” hasta la referencia oblicua y calculada a la historia reciente del interior argentino. Si bien “Ciudad Leicam” transparenta el nombre de Maciel, el centro urbano más próximo al pueblo de origen real del escritor, sirve al cometido simbólico de instalar en la ficción una polaridad crítica en la historia argentina –y en la de muchos países de la América latina–, donde el parcial y ostentoso progresismo de un centro cosmopolita ha crecido a expensas del retraso económico y cultural de un interior permanentemente postergado. Por ello, el comentario del narrador “viajar desde La Estación hasta Ciudad Leicam, por ejemplo, supone viajar veinte años hacia el futuro” es, para el lector atento, una

afirmación irónica que sintetiza una realidad que todavía, a pesar de tantas promesas y programas de campaña electoral, ningún político ha logrado revertir.

Como profesional de la lengua (Marcelo Coccino es traductor y docente), el autor hace que su narrador reflexione sobre las palabras. Por ello, parte del encanto de los relatos está en las descripciones, que no son estáticas, sino dinámicas, como pequeñas joyas engarzadas en el relato, donde la mirada teje su objeto como un ser nuevo y sorprendente, pregnado de historias en germen.

Si bien el escenario común y la reaparición de algunos personajes en varios de los cuentos favorece la lectura de la serie como una fresca acuarela provinciana, no exenta de nostalgia y finos trazos de humor, una consideración más atenta advertirá en las historias, así como también en las voces encargadas de contarlas –casi siempre inmersas en el mundo de la ficción- una suerte de *faux finishing* que delata, en su alternancia de densidades y transparencias, un doble fondo donde nada es lo que parece. Entonces, será prerrogativa del lector dejarse seducir por la irrupción de lo insólito –como el extraño diluvio que azota al pueblo durante la visita a Argentina del papa Juan Pablo II, o la súbita muerte del político comunal a causa de un ataque de hipo en medio de una encendida arenga- o advertir el pliegue de irrisión escondido en su articulación metafórica.

Con *Los trenes del tiempo*, este joven narrador argentino se estrena en el mundo literario, pero evidentemente, no se trata de una obra primeriza. Exhibe un manejo maduro y efectivo del relato que revela una íntima familiaridad con la escritura y un estilo de rasgos personales, desentendido de modas y mandatos. Leer estos cuentos resulta, pues, una experiencia altamente reconfortante.

GRACIELA TOMASSINI

ANLE y Universidad Nacional de Rosario, Argentina

Mayor Marsán, Maricel. *Miami (Poemas de la ciudad / Poems of the City)*. Miami: Baquiana, 2015, 112 pp. ISBN: 978-1-936647-27-9.

Hay ciudades en nuestro planeta que se erigen, por méritos propios o por instancias del destino, en centros de confluencias que lejos de constituir un dato negativo, contribuyen a una mejor comu-